

BASIL HALL

## El Perú en 1821

[De *El general San Martín en el Perú*. Extractos del Diario escrito en las costas de Chile y Perú, en 1820 y 1821. Trad. Carlos A. Aldao. Buenos Aires, Biblioteca de la Nación, 1918]

Título de la edición original: *Extracts from a journal written on the coasts of Chile, Peru and Mexico, 1820-22*, 1ª edic. Edinburgh 1824.

## PRIMERA VISITA A LIMA. MIENTRAS EL PERU ESTABA TODAVIA EN PODER DE LOS ESPAÑOLES (\*)

El 5 de febrero de 1821, a los nueve días de viaje desde Valparaíso, anclamos en la rada del Callao, puerto de Lima, de la que dista dos leguas.

Al tiempo de nuestro arribo, el estado social y político del Perú era sumamente interesante, aunque difería en casi todos los detalles del de Chile.

No hay ninguna circunstancia moral que distinga más los viajes terrestres de los marítimos que la manera diferente en que los países nuevos se presentan a nuestro conocimiento. Cuando se viaja por tierra, somos tan insensiblemente introducidos a nuevas escenas, que apenas nos apercibimos de haber traspuesto la frontera; porque las maneras de los países adyacentes se confunden tan notoriamente con las del vecino, que sus distinciones esenciales están a veces ocultas por semejanzas superficiales. Por otro lado, cuando se llega por mar, el caso es diferente, porque somos introducidos de golpe y zumbido, cuando las impresiones del país de que procedemos están frescas en nuestro recuerdo, a una serie de objetos totalmente novedosos que nos inhabilitan así para compararlos con los que hemos dejado. Lo mismo, cuando dos países se distinguen en mucho por similitud de circunstancias, como sucede en los diferentes Estados sudamericanos, se encontrará siempre suficiente número de distinciones, provenientes del clima y otras causas locales, para diversificar el cuadro.

En Chile, según acabamos de ver, la independencia nacional había estado establecida varios años, y un comercio libre y extenso había surgido rápidamente como consecuencia natural: la ilustración abría gradualmente su camino; los vínculos morales y políticos con que la mente del pueblo había estado sujeta largo tiempo, se rompieron, y las consecuencias de esta liberación rápidamente se desarrollaban bajo mil formas. En el Perú, por el con-

---

(\*) El texto corresponde al cap. III de la edición de 1918.



trario, la palabra independencia se oía por primera vez, pero solamente en cuchicheos bajo la protección de los cañones de San Martín. En Lima, donde tales sentimientos libres eran considerados desleales, la preocupación y el error habían establecido su cuartel general, y el fanatismo obstinado con que mantenían las antiguas costumbres y opiniones era mas bien afianzado que disminuído por el recelo de una subversión completa de todo el sistema. El contraste entre los dos países, Chile y Perú, como lo encontraron nuestras miradas, era de lo más sorprendente, y si se hiciera la debida justicia a la descripción de cada uno, se sacarí una inferencia agradable para todo inglés, favorable al lado popular de la cuestión.

El contraste entre un país en estado de guerra, y otro en paz, quizás nunca se manifestó más palpablemente que en esta ocasión; de modo que, además del interés emergente de tal contraste, como aplicable a los estados de paz o guerra, el examen era curioso, en cuanto al despliegue del efecto rápido producido por el cambio del gobierno en uno de los países. Mientras los dos fueron administrados de modo semejante, el Perú estaba infinitamente adelante de Chile, en riqueza e importancia, pero así que Chile se independizó, inmediatamente tomó la delantera.

Dejamos el puerto de Valparaíso lleno de barcos, sus muelles de la aduana con altas pilas de mercaderías, demasiado voluminosas y numerosas para los antiguos depósitos; el camino entre el puerto y la capital estaba siempre atestado de arrias de mulas jipando bajo el peso de toda clase de manufacturas extranjeras, mientras numerosos buques estaban ocupados en cargar vinos, cereales y otros artículos producidos en el país; e ingentes sumas de dinero se embarcaban diariamente para Europa, en retorno de las mercaderías ya distribuídas en el país. Un espíritu de inteligencia e información animaba a la sociedad entera; se multiplicaban las escuelas en todos los pueblos; se establecían bibliotecas y se daba todo impulso a la literatura y artes, y, como era libre el viajar, no se necesitaban pasaportes.

En las maneras y aun en el paso de todos los hombres, se podía distinguir el aire de libertad e independencia conscientes. En la indumentaria también se había efectuado recientemente un cambio total: el traje antiguo y casi salvaje de las damas y las capas sucias invariablemente usadas por los hombres, habían cedido a la moda europea y aunque parezcan detalles casi insignificantes para mencionar, no carecen de importancia cuando se les relaciona con sentimientos de orgullo nacional hasta entonces des-



conocidos. Es por esta y por otra multitud de pequeños cambios que la gente recuerda siempre de su pasado comparado con el presente, y es de utilidad esencial para su causa que experimenten placer en asimilarse, por poco que sea, a otras naciones independientes del mundo.

No se encontraban todavía en el Perú ninguno de aquellos cambios y sentimientos. En el puerto del Callao los barcos estaban amontonados en un rincón, rodeados por cañoneras, cerca del fuerte, circundados por una cadena de berlingas. La aduana vacía y la puerta con llave; no se levantaban pirámides de fardos de mercaderías en los muelles; no cubrían el camino del Callao a Lima mulas cargadas ni en toda la gradiente se veía un individuo, con excepción quizá de algún "chasque" solitario galopando hacia la fortaleza. En la misma Lima la diferencia era más sorprendente: la sospecha y desconfianza recíprocas y aún más de los extranjeros, llenaban todos los pechos; el disgusto y el miedo, agravados por la incomodidad y privación personal, dispersaron toda reunión agradable, haciendo de esta sociedad, antes grande, lujosa y feliz, uno de los sitios más desdichados de la tierra. Lima, sin embargo, por esto no era menos interesante para el extranjero, y aunque a menudo lamentábamos no haberla visto en sus días de gloria, no podíamos menos de considerarnos afortunados en tener oportunidad de presenciar los efectos de una serie de circunstancias que no se volvería a presentar. La causa inmediata de este desgraciado estado de cosas era el espíritu de independencia que recientemente había reventado en Sud América, y puede observarse que ninguno de los Estados libres completó su independiencia sin pasar primero por una serie similar de sufrimientos, especie de prueba del fuego para purificarlos de la contaminación de su anterior degradación.

Hasta este tiempo, Lima había sido exceptuada de los sufrimientos de los países que la rodeaban. En verdad, había habido guerras de carácter revolucionario, en el interior del Perú, pero su efecto desolador no había llegado hasta ahora a la capital, cuyos habitantes continuaron en su acostumbrada manera de lujo espléndido en quietud y seguridad disipadas, hasta que vino el enemigo y llamó «a las puertas de plata de la ciudad de los reyes», como llamaban orgullosamente a Lima en los días de su magnificencia. La expedición de San Martín sorprendió completamente a los limeños; porque siempre habían despreciado a Chile, como mero apéndice del Perú, del que no había que temer ningún ataque. El ataque se producía, no obstante, por mar y tierra; y mientras San



Martín hacía frente firmemente con sus tropas acercándose más y más a la capital, cortándole las provisiones, y ganando a su causa todos los distritos por donde pasaba, lord Cochrane barría el mar de barcos españoles, bloqueaba los puertos peruanos, y arrebató sus mejores fragatas debajo de los cañones de sus fortalezas más formidables.

La violenta irritación producida en Lima por estas operaciones del enemigo era completamente natural pues los destinos de los habitantes, acostumbrados durante siglos a despertar en el lujo y la riqueza, estaban ahora reducidos al reflujo máximo, y los españoles, orgullosos por nacimiento y educación, estaban heridos en el alma por reveses tan humillantes, de que solamente los hacían más sensibles estas desacostumbradas privaciones. Como tenían conocimiento de que lord Cochrane y la mayor parte de sus oficiales y tripulaciones eran ingleses, era de esperar que fuesen recelosos y desconfiados de todos los ingleses, aunque no tuvieran atingencia con los chilenos o por circunspecta que fuese su conducta. La persona que se declara neutral se encuentra en situación incómoda entre los contendientes; su indiferencia se atribuye a mala voluntad, la mínima expresión que se le escape en favor del partido contrario se resiente de hostilidad —y cualquiera asentimiento sobre un punto sencillo, de inmediato se toma como prueba indudable de su disposición amistosa.

Para un viajero en general, este estado de cosas habría sido bastante entretenido; pero para nosotros que teníamos prescripta una línea especial de conducta, y muchas cosas que atender, era con frecuencia origen de considerable perplejidad. Estábamos obligados, en ocasiones, a comunicarnos con ambos partidos sobre objetos referentes al comercio y otros asuntos que afectaban los intereses británicos, y como la índole del objeto a menudo requería trato personal, éramos inevitablemente llevados a veces a mayor grado de aparente familiaridad con una parte que lo que la otra podía permitir fuese compatible con nuestra neutralidad declarada; aunque cada uno, a su turno, olvidaba invariablemente esta reflexión, cuando el trato ocurría con ellos mismos, de modo que para mantener nuestra calidad de neutral en estas ocasiones y no inferir agravios, al mismo tiempo, requería alguna destreza. Con los chilenos que adelantaban, no era tan difícil como con los españoles, ban hundiéndose en el mundo, era distinto; nada les satisfacía si que estaban corridos; los chilenos creían que les deséabamos éxito a causa de nuestro comercio y de los sentimientos manifestados sobre la cuestión en Inglaterra. Pero con los españoles, que esta-



no la declaración de cordial adhesión a su causa, y de odio a los insurgentes, como llamaban a los patriotas en la amargura de sus corazones. Al mismo tiempo afectaban siempre despreciar a los enemigos y ser perfectamente indiferentes de nuestras opiniones aun cuando, con el espíritu de contradicción más terco, se ocupaban en vigilarnos, e interpretar mal todos nuestros actos y expresiones, a tal punto que nada era demasiado extravagante para ser dicho y creído con respecto a nuestra violación de la neutralidad. Era en vano esperar, por una conducta abierta y franca, escapar a la sospecha; pues había venido a ser una especie de enfermedad de los españoles el sospechar del inglés; y sus síntomas se agravaban a cada momento por las calamidades crecientes a que estaban expuestos. Se concebirá fácilmente que, en tales circunstancias, no teníamos mucho placer en visitar Lima, y que, en mi situación, especialmente, con muchos apremiantes deberes que atender, encontrase poco tiempo desocupado para prestar atención a peculiaridades sociales y de maneras.

Aun cuando frecuentábamos la sociedad no experimentábamos placer, como que la gente no quería apartarse de la discusión de sus propios temores y sufrimientos. La quietud sin interrupción de que habían disfrutado largo tiempo, los hacía solamente más sensibles de sus males presentes, y todo era duda y desesperación. En tiempos pasados, decían, Lima era la corte del placer; la riqueza e indolencia eran nuestros criados, el gozo era nuestra ocupación única, y no soñábamos de otro mal que de los temblores de tierra. No habían aprendido todavía que había terremotos morales y políticos, además de físicos, que aun cuando dejaban sin destruir iglesias y moradas, podían reducir a ruinas la entera fábrica social.

El ejército y el pueblo atribuían, como de costumbre, todos los males al despilfarro del Gobierno ejecutivo, y habiendo decidido de modo sumario que el virrey era incapaz de reinar, lo depusieron sin tardanza a punta de bayoneta, y lo reemplazaron con uno de sus generales. Esta medida violenta se había efectuado pocos días antes de nuestra llegada, y encontramos la ciudad en medio de una batahola considerable, preparatoria a las fiestas acostumbradas para la instalación de nuevo virrey. Los soldados, naturalmente, confiaban en que el cambio inmediatamente haría variar la fortuna del día, y también en la ciudad una oculta esperanza animaba por el momento a los habitantes, pero las personas más reflexivas veían claramente que estos procedimientos violentos solamente mostraban al enemigo falta de unión y disciplina.

Como nosotros no éramos, y en verdad no podíamos ser, sin-



dicados de jueces competentes de estos procedimientos, y no estábamos acreditados ante ningún gobierno particular, siempre estábamos libres para tomar las cosas tales como las encontrábamos y comunicarnos con las personas que se hallaban al frente del Gobierno, y en el momento, quienesquiera que fuesen, y sin averiguar de qué modo habían llegado a ejercerlos. Así se hizo de mi deber visitar al nuevo virrey, general La Serna, como podría haber sucedido entenderme con su antecesor, el general Pezuela, si hubiera llegado pocos días antes.

El palacio tenía en mucho el aspecto de una corte nativa de la India mostrando la misma mezcla de pobreza y magnificencia de estilo, que, al paso que ostenta la riqueza y trabajo que ha costado, deja ver, al mismo tiempo la falta de buen gusto y discernimiento en sus líneas. No había cuidado alguno en los detalles, de modo que lo mísero y lo grandioso se mezclaban y uno nunca estaba seguro de que alguna cosa agradable se encontrase contigua a otra chocante. La entrada era por un patio sucio, semejante al de una caballeriza, que conducía a una escalera en cuyos peldaños los soldados de guardia, con miserables uniformes desgarrados, se veían holgazaneando, fumando cigarrillos a su gusto, e interrumpiendo el paso. Largos y angostos pasajes tortuosos llevaban a una serie de salas de espera repletas de postulantes aburridos, entre quienes no se olvidaban la etiqueta de la precedencia, dejándose a los más pobres e infelices en los apartamentos exteriores, y los que tenían más confianza y autoridad aproximándose lo más posible al salón de audiencia en la pieza vecina, en que veíamos en consecuencia, solamente clérigos y militares, pues en tiempos turbulentos el valor de la espada es estimado lo menos en lo que pesa. Nuestra entrevista, siendo puramente de ceremonia, fue breve y nada hubo digno de mención.

Por la tarde fui presentado a varias familias, que estaban más o menos afligidas por las circunstancias del día y toda su buena educación era insuficiente para ocultar su desconfianza de nuestra neutralidad. La mañana siguiente visitamos al virrey depuesto, más por atención que por deber, pues ya carecía de autoridad y se había retirado a su casa de campo, no lejos de Lima. Estaba más abatido de lo que creíamos correspondiese a un altivo personaje, lo que él explicaba que lo sentía profundamente por este país perdido, que jamás prosperaría con procedimientos rebeldes. Pero en vez de estar afligido por el cambio, es probable que se regocijase secretamente de su deposición del mando. Había cumplido su deber haciendo frente al enemigo, y era claro que antes de mucho tiempo



había de rendir la capital, no tanto a la fuerza superior de San Martín, como a la influencia incontrastable del sentimiento público, cuya corriente había cambiado decididamente y, por ese tiempo, corría directamente contra la autoridad española.

Durante los primeros días, nuestros pensamientos estaban tan absortos en los deberes oficiales, que poco tiempo nos dejaron para observar la ciudad y la sociedad. Cada día nos apercibíamos más de nuestra base precaria y de la necesidad de guardar la máxima circunspección al tratar esta gente extrañamente desconfiada. De vivir siempre a bordo se hubiese inmediatamente confirmado la sospecha de que favorecíamos al enemigo, cuya escuadra estaba fondeada en la rada exterior, mientras residiendo siempre en Lima, se habría atribuído al deseo de espiar la tierra indefensa. El temperamento que seguimos residiendo alternativamente en Lima o en el barco, según requiriesen las circunstancias, aunque no nos librase de sospechas, era el único que podíamos adoptar, y esperábamos que con cautela y paciencia evitaríamos los motivos de resentimiento; pero en esto estábamos muy equivocados.

Ansioso de conocer, por todos los medios, el estado real del sentimiento popular, que generalmente se manifiesta en las reuniones públicas, fui a la corrida de toros celebrada en honor de la instalación del nuevo virrey. Tomé asiento en un inmenso anfiteatro de madera, capaz de contener, según decían, veinte mil personas. Como nos habíamos chasqueado en Valparaíso con un simulacro de corrida, esperábamos ver aquí un espectáculo digno de la metrópoli. Pero la semejanza fue no menos defectuosa, aunque en sentido contrario, porque los toros eran llevados a la muerte con muchas inútiles circunstancias de crueldad, para no solamente hacerlo desemejante a las buenas lidias de toros, sino también para privar del placer del espectáculo a las personas no habituadas a presenciario. Estos espectáculos han sido descriptos por tantos viajeros, que es inútil aquí hacer otra cosa que anotar algunas circunstancias especiales de los de Lima.

Después que el toro ha sido repetidamente herido con pica y atormentado con banderillas sencillas y de fuego, y está desangrándose, el matador, a una señal del virrey, procedió a rematarlo. Sin embargo, no siendo bastante diestro, simplemente envainó la espada en el cuello del animal, sin efecto. El animal inmediatamente se vengó, arrojando al matador por el aire a grande altura, y cayó al parecer muerto en la arena. La multitud aplaudía al toro mientras los monosabios se llevaron al matador. El toro en se-



guida atacó a un picador, lo desmontó, rasgó el vientre del caballo y lo derribó por tierra, donde no se le dejó morir en paz, sino que se le hizo parar y fue obligado con latigazos y pinchazos, a recorrer el redondel, en estado demasiado horrible para ser descripto, pero que proporcionaba a los espectadores el mayor placer. El noble toro había de esta manera conseguido confundir a sus atormen tadores en tanto que se usaron medios razonables, cuando se pensó en una cruel estratagema para dominarlo. Se le arrojó de atrás un gran aparato corvo llamado "media luna" para desja- rretarlo; no obstante, tal era su fuerza y ánimo que no cayó, sino caminó a paso tolerable con sus muñones; el espectáculo más horrible. Esto no fue todo, porque un hombre armado de daga en seguida montó sobre el lomo del toro y jineteó algunos minutos, con infinito deleite de los espectadores que se extasiaban y reían y aplaudían a cada puñalada inferida al mísero animal, no para matarlo, sino para estimularlo a acelerar el paso; finalmente, la pobre bestia, exhausta con la pérdida de sangre, cayó y murió.

La mayor parte del público, aunque mujeres, parecía tan encantada con la escena brutal que se desarrollaba ante su vista, que busqué vanamente en torno una sola cara seria; todos los individuos parecían estar completamente contentos, y era triste observar gran número de niños entre los espectadores, y supe por una niña de ocho años, que ya había presenciado tres corridas, cuyos detalles refería con grande animación y placer, deteniéndose principalmente en aquellas horribles circunstancias que he descrito. Sería chocar y disgustar sin objeto dar detalles de otros ejemplos de innecesaria crueldad que, no obstante, parecían ser la principal recomendación de estos espectáculos.

Las reflexiones que vienen a la mente cuando se contempla una población entera que presencia frecuentemente tales escenas, son de naturaleza penosa; pues parece imposible concebir que, donde el gusto está tan completamente corrompido, haya quedado base de buenos sentimientos para levantar sobre ella una superestructura de principios, de ilustración, o de sentimientos justos.

Después de ver este espectáculo salvaje, y más que salvaje manera de ser recibido, era imposible no desear, a despecho de nuestra neutralidad de que tanto se hablaba, que cualquier cambio pudiese fin a semejantes procedimientos. En todos los casos en Sud América, donde la causa de la independencia ha triunfado, se han tomado invariablemente dos medidas como cosa natural: una, la abolición de la trata de negros, y, en lo posible, de la esclavitud;



otra, la supresión de la corridas de toros. Con respecto a la cuestión de la esclavitud, todos piensan lo mismo; pero muchos vacilan en suprimir las corridas de toros, especialmente quienes solamente las han presenciado en España, o nunca las han visto; pero es raro oír a cuaiquiera condenar la medida después de haber presenciado las de Lima una vez sola.

Oí a un caballero chileno exponer una teoría curiosa a este respecto. Sostenía que los españoles habían buscado sistemáticamente con estas escenas crueles y otros medios análogos pervertir el gusto de las colonias para tiranizar más fácilmente a los habitantes. La gente, decía, primero vuelta completamente indiferente a los sentimientos de los otros, por constante familiaridad con la crueldad e injusticia, pronto llegaba a ser insensible a las injusticias de su país y perdía al fin todo sentimiento y estímulo para el esfuerzo generoso.

Un excelente caballero español de Lima, de quien tendré ocasión de hablar más adelante, afirmaba que estas lidias eran totalmente diferentes de las que se ven en España; tanto que él, acostumbrado desde la infancia a presenciarlas en su tierra, no podía asistir a las de Lima, y añadía, no haber encontrado nunca un inglés que pudiese dominarse y visitar por segunda vez una plaza de toros. Ridiculizaba la teoría del chileno, antes mencionada, aunque reconocía avergonzado que estos espectáculos, horribles como eran, habían sido siempre frecuentados por los virreyes y otros gobernantes españoles del país.

Por la tarde fui en compañía de un joven español para ser presentado a un refinado anciano de la nobleza, el marqués de Montemira, tío del duque de San Carlos, que fue en Inglaterra algún tiempo Ministro de la corte de Madrid. Tenía ochenta años de edad, y parecía muy quebrantado por el clima; pero poseía aún, en grado notable, la amabilidad de un joven; realmente, sus pensamientos y el giro de sus expresiones eran tan juveniles, de no necesitar más que fuerza corporal para participar en las tumultuosas escenas del día.

En casa del marqués encontramos un sacerdote entrado en años, de aspecto pesado, que nos formuló mil preguntas frívolas sobre las situación europea. En el curso de su conversación, mi malicioso compañero, para atormentar a su reverendo amigo, díjome al oído que asegurase haberse restablecido la Inquisición en España. Conforme a esto, en la primera oportunidad dije algo que podía interpretarse en ese sentido. El efecto fue bastante entretenido, pues el anciano sacerdote, que había sido inquisidor ma-



yor, batió palmas, y con mirada chispeante, gritó: "Bravo, yo creía que esto debía suceder", pero notando que su joven amigo sonreía, primero pareció enojado y después rió, llamándolo cruel pícaro. "Sin embargo —agregó, en tono más bajo, con el puño cerrado y dientes apretados—, aunque no esté todavía restablecida, presto lo será".

Todo lo relativo a la inquisición recientemente abolida, era considerado en Lima con escarnio y odio, notabilísimos en ciudad tan repleta de instituciones religiosas y donde las observancias de la iglesia toman gran parte de las ocupaciones de la gente. Pero cualquiera que sea la causa de esta execración desmedida, no puede ser más decidida y temo que nuestro corpulento amigo, el ex-inquisidor, ha de conformarse con seguir la corriente y abandonar la esperanza de volver a atormentar a sus paisanos.

Se refería, sin embargo una historia de este sacerdote demostrativa de que no estaba del todo endurecido por las tareas de su oficio anterior, sino que mezclaba sus sentimientos naturales con los propios de su vocación, de manera quizás amable tratándose de un inquisidor. Sucedió que un día visitó una casa donde estaban comiendo cuatro o cinco ingleses, y le agradó tanto su compañía, que, dirigiéndose a un amigo, exclamó: "Oh, qué lástima que estos lindos jóvenes rubios, necesaria e inevitablemente hayan de ir al infierno".

Las maneras familiares de sociedad aquí difieren de las chilenas, casi tanto como la vestimenta. En vez de congregarse en bailes, conciertos y tertulias, las mujeres se reúnen poquísimas entre ellas; hay pocos bailes, escasísima música y, con excepción de las corridas de toros y las representaciones teatrales y a veces en el campo, rara vez se juntan. Pero todas son extremadamente puntuales para oír misa; realmente las mujeres casi exclusivamente forman las congregaciones en estos países. En las casas que visitábamos por la mañana, generalmente encontrábamos damas espléndidamente vestidas para recibir visitas, es decir, visitantes masculinos, pues rara vez encontrábamos sino a las damas de la casa en estas ocasiones. Por la tarde sucedía lo mismo, generalmente, y nuestra probabilidad de encontrar los caballeros de la familia, si lo hubiéramos deseado, era siempre menor en su propia casa.

Durante el fresco del día, es decir, hora y media antes de ponerse el sol, las damas paseaban vestidas de manera probablemente única, y con seguridad eminentemente característica del lugar. La vestimenta se compone de una parte llamada saya y de otra



llamada manto. La primera es una basquiña tan ajustada que, siendo a la vez completamente elástica, hace perfectamente visibles las formas. El manto es también una basquiña, pero en vez de colgar hasta los talones, como toda basquiña honrada, envuelve cabeza, pecho y rostro y se mantiene con las manos, que también oculta, tan cerrado, que ninguna parte del cuerpo, exceptuando un ojo, y a veces solamente parte pequeña de un ojo, es perceptible. El efecto del conjunto es sorprendente con exceso, pero, si su gracia —pues con la linda figura de las limeñas y su bellísima manera de caminar, es eminentemente gracioso— es suficiente para compensar su innegable grosería para un europeo, dependería mucho del gusto del extranjero y de su hábito para juzgar lo que ve en países extraños. Algunos viajeros insisten en comparar todo con lo que han visto en su país, y condenan o aprueban, conforme se acerca o se aparta de esta norma excesiva. Para nosotros, que tomamos todas las cosas como las encontramos, la saya y el manto, como llaman al vestido, nos proporcionaba mucho entretenimiento y, a veces, no poco fastidio; pues sucedía a veces, que hallábamos en la calle damas que parecían conocernos bien, pero a quienes no podíamos descubrir hasta que alguna observación aparentemente trivial en sociedad, mucho después, denunciaba a las tapadas, como se las llama. Yo mismo conocía dos jóvenes que engañaron completamente al hermano y a mí, aunque estábamos prevenidos de su afición a estas travesuras, y también tuvimos alguna sospecha de que fuesen ellas. Su destreza superior, sin embargo, superó al discernimiento del hermano y mi confianza, y tan completamente engañaron nuestros ojos y desviaron nuestros pensamientos, que apenas pudimos creer a nuestros sentidos, cuando al fin optaron por descubrirse.

Lima ha sido descrita “el cielo de las mujeres, el purgatorio de los hombres, y el infierno de los garañones”; y así quizás sea en tiempo de paz, pero la guerra a la sazón había abolido estos distingos y todos parecían igualmente desdichados; o si había alguna diferencia, era para los asnos, que, en ausencia de negocios, estaban sin tarea por primera vez en su vida. Los hombres estaban deprimidos por escasez insólita, temida pérdida de fortuna, y orgullo nacional herido. Pero las damas, sin embargo, aunque fastidiadas por la misma razón, en unión con el resto del mundo, todavía mantenían la prerrogativa de hacer su voluntad, derecho que, cuando se ejercitaba en cooperación con el disfraz impenetrable del manto y saya, daba a sus maneras un tono y calidad que pueden imaginarse, pero no describirse. Ni sentaría bien



en visitante temporario y ocupado, como yo, con sus pensamientos y atención embargados por otras cosas, abrir opiniones generales sobre las costumbres de una gran ciudad. Pero también si nuestras oportunidades y tiempo desocupado hubieran sido mayores, el momento era particularmente poco propicio, desde que apenas cualquier incidente social ocupaba su lugar acostumbrado. Aun en las familias el efecto de la época era profundamente sentido; un punto de política se adoptaba por un miembro, el opuesto por otro; algunos procedían por principios otros por intereses, otros por miedo; de esta manera, la sinceridad y confianza fueron desterradas en el momento preciso en que la presión de la guerra era más importuna y en que una unión cordial era la sola salvaguardia contra la ruina y la miseria de toda la casa.

Si hubiera estado mi atención menos ocupada de ajustarme a una línea de conducta prudente y circunspecta, yo podría, indudablemente, haberme dado cuenta de muchos incidentes que, al describirlos, habrían servido para caracterizar la situación especial de Lima en aquel momento, pero siendo esto imposible solamente podría esperar el tomar en ocasiones algunos insignificantes aunque suficientemente portentosos síntomas de los tiempos.

Naturalmente, presentamos nuestros respetos al venerable arzobispo del Perú, quien se declaraba muy prendado de los ingleses y nos entretuvo con un discurso sobre los beneficios del comercio libre y el ejercicio justo de otros derechos civiles. Esto seguramente era fatal. Del palacio arzobispal cruzamos la plaza a la casa de una señora anciana a quien encontramos con sus hijas sumidas en profunda pena. No averiguamos la causa, pues hacía algunos días que sabíamos, aunque se nos hubiera ocultado, que su hijo, traicionando su fidelidad al rey, se había pasado a los patriotas, caído prisionero y fusilado por traidor.

Una dama me solicitó pasaje para Chile donde se hallaba su marido como prisionero de guerra; decía que había conseguido, después de muchas molestias, permiso del Gobierno para salir de Lima; porque eran tales las sospechas de todos, que aun los motivos de una esposa para juntarse con su marido en prisión eran mirados con desconfianza y tema de larga discusión en consejo. Tan poco acostumbrada estaba últimamente la pobre mujer a ser tratada con franqueza y consideración, que cuando le prometí pasaje con liberalidad apenas podía creerlo posible, y prorrumpió en llanto.

Lágrimas muy diferentes sospecho fueron vertidas por otra dama a quien visité en seguida. Acababan de llegar noticias de



que su marido, el marqués de Torre Tagle (después carácter público diligente) se había pasado de la causa realista a la patriota, mientras la pobre señora estaba en poder de los realistas. Siendo ella y su marido nacidos en Lima, y personas ricas y de alto copete, su opinión había largo tiempo sido sospechada de inclinarse al lado de la independencia, y mucha gente creía que el pesar de la linda señora no era tan profundo como denunciaban sus lágrimas. Pero la hipocresía era el pecado corriente del momento, y pronto aprendimos a desconfiar de todas las apariencias, aun de las plausibles y naturales.

Comí un día en compañía de unos caballeros en una agradable casa de campo en Miraflores, balneario de moda seis millas al sur de Lima. Quintas y ranchos ornamentados estaban profusamente desparramados a nuestro alrededor; pero en vez de estar habitados como en tiempo de paz, no se veía a nadie ahora, aunque era el rigor de la estación; el mar rompía perezosamente en la playa sin un solo bañista, y no se oía en ninguna de las glorietas o sombreados corredores, guitarra, ni canción, ni el alegre compás de una danza; no había grupos sentados en los limpios bancos de piedra, adornados con gusto alrededor de las casas; y los bellos caminos de pedregullo en los numerosos jardines que rodeaban los ranchos estaban del todo desiertos y cubriéndose de yuyos. La multitud alegre que antes animaba el lugar había ido a la capital, sitio único donde se consideraban seguros y donde encontraban, o pensaban encontrar, consuelo en la sociedad y, pronto olvidaban, en la congoja de la necesidad y el temor de la violencia, aquellos goces de la vida que antes se tenían por imprescindibles.

Desde la persona más elevada hasta la ínfima en sociedad, todos sentían los crecientes males que pululaban alrededor del estado de depresión. La necesidad real había ya empezado a oprimir a los pobres, la pérdida de casi todas las comodidades afectaba a los que seguían en rango; y todos los lujos eran descartados en la mesa de la clase superior. Se imponían las condiciones más onerosas a los hombres adinerados; los comerciantes perdían su comercio; los tenderos sus habituales surtidos. Aun el virrey mismo consideraba su poder como tenencia poco envidiable, rodeado por una población suspicaz y turbulenta, y un ejército a cuya sola delictuosa insubordinación debía su autoridad. Para finalizar con los males de Lima, era invadida por un general cauteloso y hábil por tierra, y la bloqueaba por mar un emprendedor almirante.

Para aumentar la desdicha de esta desgraciada ciudad, mu-



chos hombres cuyo apoyo firme y sincero podría haberse esperado, malgastaban el tiempo en reproches y recriminaciones inútiles. Dos años antes, cuando por primera vez se temió un ataque serio de Chile, se indicó por algunos individuos de inteligencia despejada que debía abrirse el comercio de Lima, con lo que el tesoro, lleno con la percepción de los derechos aduaneros, haría frente a los gastos de la guerra defensiva. Como estas mismas personas se hallaban en el número de los que derivaban sus mayores ganancias del monopolio existente, decía mucho en favor de su sagacidad, que previeron mayores beneficios personales de una franca competencia, que de su porción de monopolio. Sencilla y eficaz como parecía esta propuesta, en cuanto a la seguridad del Estado concernía, las autoridades locales vacilaban en adoptarla sin permiso de España; y todos los que conocían el asunto preveían el resultado de un pedido sobre la cuestión del comercio colonial. La Escudra chilena, entretanto, cerró la discusión aplicando el célebre código español "las Leyes de Indias" en cuanto al comercio limeño; el puerto estaba bloqueado, las arcas públicas vacías. Los amargos reproches y burlas consiguientes, ahora demasiado tarde, asumieron carácter aún más virulento a causa del estado de los negocios, de modo que estos y otros temas similares se discutían de modo poco apropiado para arribar a conclusiones útiles, aun en teoría, menos aún a aquella cordialidad práctica tan esencial para el bien del Estado.

Estas discusiones ruinosas eran todavía fomentadas por el espíritu nuevo de independencia que, al principio de la campaña, llenó el país, pero no había llegado, hasta entonces, a la misma altura en Lima que en otras partes de Sud América, debido quizás a que allí había muchísimos más españoles ricos e influyentes. Cualquiera que sea la causa, la vigilancia del Gobierno hasta entonces había logrado reprimir la expresión de este sentimiento; pero ahora ya no era posible; porque día a día se avivaban las esperanzas y aumentaban los prosélitos del partido independiente.

*18 de febrero.*— Supe esta mañana, en Lima, que dos oficiales de mi barco habían sido arrestados en el Callao, la tarde anterior, y estaban presos en el castillo por creerlos espías de Lord Cochrane, aunque desembarcaron en mi bote. En tiempos ordinarios, si hubiera ocurrido esta equivocación, se hubiera allanado fácilmente; pero en momento de tanta inquietud popular, en que especialmente se tenía general desconfianza de los ingleses, era probable que resultase asunto serio. Toda Lima se conmovió por



este incidente; cada uno creía implícitamente la historia, y, en el Callao, se decía que el tumulto era infinitamente peor. Al punto de recibir informe de este asunto desde el barco, me fue entregada una carta del virrey, diciendo que dos personas, haciéndose pasar por oficiales del *Conway*, habían desembarcado en mi bote, y que como cinco chalacos los habían reconocido y jurado que habían pertenecido al barco de lord Cochrane, se les había encerrado en el castillo, y que debían tomarse declaraciones en forma a los testigos antes de proceder al juicio de los presos. Inmediatamente hablé con el virrey y le aseguré que debía haber error; pero para evitar toda equivocación ulterior, antes de reclamar oficialmente la entrega de los oficiales, deseaba se me permitiese llegar hasta ellos en el Callao. Primero se rechazó esto, no obstante ser lo razonable, basándose en que no procedía la comunicación, pero como yo pedía simplemente tener los medios para identificar a los oficiales, se dio orden con ese fin, que yo mismo llevé al castillo.

La agitación en el Callao, lugar siempre propenso a violentas conmociones populares, se suponía que era tan grande en esta ocasión irritante, que muchos me aconsejaban no excitar en el populacho mayor furia mostrándome entre ellos. Pero era claro que mi demora en visitar los oficiales presos en este momento especial, tendería directamente a confirmar todas las sospechas contra ellos, y posiblemente llevaría a que fuesen sacrificados por la furia de la turba. Era de temer que el Gobierno no tuviese, en este punto crítico, muy grande autoridad, y como los militares compartían en mucho las descabelladas opiniones del pueblo, no se podía contar con su subordinación, especialmente en un asunto popular como éste. Vi también, con mucho pesar, que, cualquiera que fuese el resultado de este asunto, se había desvanecido toda probabilidad de continuar en buenos términos con los españoles.

Llegando al Callao, recorrí las calles al paso de mi caballo. Estaban llenas de gente, en cuyos rostros había un ceño que significaba todo, menos amabilidad o bienvenida; también había algún murmullo y signos de sorpresa a causa de mi presencia, pero no hubo violencia de ningún género.

Los españoles son tan apegados a las formas, que mi permiso de llegar a los presos hubo de pasar por manos innumerables, para poder verlos y no hablarles palabra; hecho esto, las puertas de la prisión de nuevo se cerraron, y volví a Lima para hacer pedido oficial al Gobierno en favor de los individuos que habían sido arrestados y a quienes había identificado como oficiales míos.

Hay razón para creer que la recepción pacífica que encontré



en el Callao se debió a un incidente sencillo. Habiéndose interrumpido toda relación comercial entre Chile y Perú, desde que zarpó la expedición, el único medio de comunicarse entre Valparaíso y el Callao eran los barcos de guerra británicos; y como en los primeros tiempos había habido intercambio constante entre estos dos puertos, y se habían establecido vínculos numerosos entre sus respectivos habitantes, los efectos de la guerra se sentían ahora severamente con la interrupción de la correspondencia. He dicho que en Valparaíso a veces me entretenía yendo a los ranchos para observar las costumbres populares, y como sucedía que la mayor parte de esa gente tenía algún pariente o relación en el Callao, se me confiaron, al zarpar, muchos mensajes y cartas, todos los que, puedo mencionar como característica de la época, insistían los leyeses en su presencia, para que no contuvieran ningún asunto político, perjudicial para los corresponsales o para el portador. Poco después de mi arribo al Perú, tuve cuidado de entregar todas estas cartas y mensajes en persona. Las cartas eran pocas; pero los vecinos acudieron al oír que había noticias de Valparaíso, y aunque muchos se chasqueaban, muchos otros eran felices oyendo de sus amigos, de quienes no habían recibido comunicación directa por algún tiempo. Afortunadamente había tenido la precaución de escribir en mi cartera los diferentes mensajes de la gente de Valparaíso, de modo que cuando estos pequeños memorandos eran arrancados, y entregados a los destinatarios, se convertían en una especie de cartas y los recibidores los tenían por tales. Por mi parte, me consideré satisfecho de hacer feliz a la gente con poca cosa, y no pensé más en el asunto. Justamente ahora, sin embargo, cuando me convertía en objeto de sospecha, y las vidas de mis oficiales estaban en peligro, fue de alguna consecuencia conservar la buena voluntad que aquel incidente me había granjeado entre la turba —turba, puede agregarse, de inclinaciones notoriamente sanguinarias, como que en ocasión reciente había dado muerte a toda la tripulación de un bote en un tumulto popular. Esto ocurrió pocos días después de la captura de la *Esmeralda*, como consecuencia de una idea, igualmente absurda que la que ahora los poseía, de que la fragata norteamericana *Macedonia* había cooperado con lord Cochrane en aquella ocasión.

Cuando montaba mi caballo, al salir del castillo, después de ver a mis oficiales me rodeó rápidamente una multitud, al parecer con intenciones nada cordiales. Guíé mi montura deliberadamente a la casa más cercana de aquellos a que había entregado alguna carta o mensaje de Valparaíso, y, con pretexto de pedir un



vaso de agua, me detuve en la puerta. La gente de la casa salió corriendo a recibirme y uno me dijo, en tono mezclado de bondad y reproche: "Oh, señor, no creía que usted hubiese permitido desembarcar espías en su bote". "Y yo, mi buena señora —respondí—, nunca hubiese supuesto que usted albergue en su cabeza tan absurda sospecha". La multitud, a la sazón se había congregado en gran número a nuestro derredor, oyendo todo lo que pasaba, y muchos de mis antiguos conocidos se adelantaron para renovar la conversación sobre sus amigos de Valparaíso. De esta manera siguió la plática unos diez minutos, y acto continuo volví mi caballo en dirección a Lima; la multitud me abrió paso y nunca fui después molestado o amenazado en lo mínimo, aunque pasé por el Callao muchas veces al día la semana siguiente.

La lentitud del pleito español es proverbial y por lo tanto no era de sorprender, aunque fuera una vejación, que la libertad de mis oficiales no se consiguiese inmediatamente. Se escribió una nota al Gobierno requiriendo su restitución, como que habían sido identificados por mí, y me comprometí naturalmente, por la verdad de esta afirmación. La dificultad estaba en determinar el valor de mi palabra, contraria al juramento de no menos de cinco hombres del Callao que habían jurado, al parecer, haber visto estos mismos oficiales ocupados recientemente en los barcos de lord Cochrane, mientras en realidad de verdad ninguno de ellos había nunca puesto los pies a bordo de ninguno de la escuadra chilena. El virrey admitía que la calidad de los testigos era completamente sin valor, pero no me hacía o quizás no podía hacerme la justicia de obrar en conformidad. Era bastante claro que dudaba de su poder sobre el pueblo, pues decía muy cándidamente que no se podía resistir a la marea del sentimiento popular, sin alguna dilación. Esta falta de confianza de parte del Gobierno era fuente positiva de alarma; y entré en mayor desasosiego sabiendo que los oficiales iban a ser sometidos a una comisión militar, tribunal azaroso en el mejor de los casos, y en que en aquellos tiempos no se podía confiar.

El virrey me dijo en esta conferencia que acababa de recibir aviso del arribo de diez o doce desertores de la escuadra chilena, que había ordenado fueran conducidos al Callao, para que declarasen en el proceso de los oficiales. La declaración de estos hombres, él creía, no coincidiría con los primeros cinco testigos, quienes bien podían ser sospechosos de haber tramado la denuncia. Esto parecía bastante sensato, pero la manera en que se efectuó la treta fue sumamente característica. El Gobierno consideraba



que había hecho todo para el adelantamiento de la justicia, con ocurrírsele la idea del careo, y por consiguiente, se limitó a disponer que los desertores fuesen enviados al Callao, sin ordenar que debían estar separados de los primeros testigos, de modo que fueron encerrados la noche entera en el mismo cuarto, junto con los hombres con quienes iban a ser careados.

Asistí la mañana siguiente con los oficiales a las declaraciones de todos los testigos, ante la comisión designada al efecto, cuando quince hombres declararon, bajo juramento, que estos dos caballeros, a quienes señalaban, habían servido más de dos años en la escuadra de lord Cochrane. Todos eran hombres de la reputación más descuidada y bien conocidos como tales en el Callao, pero esa circunstancia poco importaba, pues la prueba suministrada por ellos se conformaba con las imaginaciones ardientes y violentas preocupaciones del pueblo; por tanto, hasta el punto que llegaba esta sabia investigación, ciertamente habría dejado el asunto peor que al principio, si tres caballeros españoles no se hubiesen adelantado oportunamente a declarar, de modo que les honra muchísimo, frente a frente del clamor popular, y de manera que bien merecía nuestros reconocimientos. Dos de ellos eran oficiales de marina, el otro un comerciante respetable, y los tres habían estado prisioneros a bordo del barco de lord Cochrane en el tiempo determinado por los testigos, y juraron positivamente que ninguno de los presos había estado a bordo de la capitana, ni en otro barco de la escuadra patriota.

Si no se hubieran producido afortunadamente las últimas declaraciones, no se podría decir lo que hubiese resultado de la investigación. La comisión militar, no obstante, llamada a apreciar la prueba producida, después de acalorada discusión, en que se llegó a proponer en serio ahorcar a los oficiales por espías, convino, por poca mayoría, ponerles en libertad, y se me dirigió una nota estableciendo que tal era su decisión, por haber yo empeñado mi palabra de honor de que los individuos no eran espías de la escuadra chilena, sino oficiales al servicio de S. M. B.

También aprovecharon la ocasión de recomendar al Gobierno que no permitiese bajar a tierra a ninguna persona de los barcos extranjeros anclados en la rada, en estos tiempos agitados, y como esta parte de la nota es curiosa, por demostrar el estado de opinión del momento, la transcribo: "Y para mantener la amistad y la armonía tan valiosas para ambas naciones, alejar todo motivo de disensión y ahorrar los malentendidos entre ingleses y españoles, que, como consecuencia de las opiniones alimentadas



en Lima y más aún en el Callao, no se pueden evitar ni con la prudencia, previsión y celo de los comandantes, parece necesario al Gobierno, en las presentes circunstancias, con el puerto del Callao bloqueado por la escuadra chilena al mando de lord Cochrane, que todos los buques extranjeros fondeen afuera de la línea y que ningún individuo, de cualquier clase o condición, pueda venir a tierra". El 23 de febrero, en consecuencia, nos embarcamos, y por el momento nos alejamos de Lima, sin gran pena, pues el tiempo de nuestra visita había sido de constante irritación y dificultad.

Lord Cochrane, que había estado en el mar algún tiempo, se unió a la escuadra bloqueadora justamente antes que concluyese la discusión, y el 24 tuve una entrevista con su señoría a bordo de la nave capitana *San Martín*.

El 25 el *Andromache* de S. M. B. volvió al fondeadero, y el 28, con el barco lleno de pasajeros, zarpamos para Chile.

La ciudad de Lima ha sido descripta tan a menudo, y tan detalladamente por escritores bien reputados, que pocas palabras a su respecto serán suficientes en esta ocasión. El camino del Callao a Lima tiene seis millas de largo, perfectamente recto, y de gradiente tan suave que es casi imperceptible, aunque la ciudad está a más de seiscientos pies sobre el nivel del mar. Cuando se la ve desde la rada del Callao, o aun de menor distancia, no hay ciudad que presente más espléndida apariencia, debido a sus numerosas cúpulas y torres, que se alzan de situación tan elevada y le dan aspecto extraño y quizás morisco. Cuando nos aproximamos a la ciudad, todo hablaba del pasado esplendor y miseria presente. En la cumbre del camino pasamos por un acceso de una milla entre dos filas dobles de árboles hermosos, con paseos públicos extendidos a ambos lados y elegantes bancos de piedra de adorno, todo en ruinas y cubierto con yuyos y arbustos. La entrada principal de Lima estaba al final de este grandioso acceso y la constituía un vistoso arco triunfal, chabacano y deteriorado, con la corona de España moldeada en lo alto.

Ningún viajero, dicen, entró nunca a una gran ciudad sin sufrir desencantos, y la capital del Perú no es excepción de esta regla. Las iglesias que a lo lejos producen tan espléndida impresión, al examinarlas de más cerca resultan edificios muy mezquinos, recargados de molduras de estuco fantásticas y sin gusto y de adornos sin valor; el efecto, por tanto, que la magnitud de los edificios habría producido, queda completamente destruido por la pobreza de los detalles. Solamente la parte interior de estas



grandes iglesias es de piedra, siendo las torres y cúpulas de madera enyesada, que, aun cuando precaución prudente, es fatal para un efecto de magnificencia. Esto no procede de causas económicas sino de los recuerdos de muchas catástrofes fatales que han ocurrido en iglesias construídas de piedra, como consecuencia de los terremotos a que el Perú está desgraciadamente expuestísimo.

Lima, como todas las ciudades españolas de este país, se divide en manzanas de ciento veinte yardas por costado, y grandísima parte de la ciudad está ocupada por conventos e iglesias. Por cada medio de calle corre una acequia, en que se ordena arrojar los desperdicios; pero como esto rarísima vez se cumple, las calles se convierten en receptáculo de suciedad de un extremo a otro.

Los pavimentos para carruajes y peatones han sido abandonados, detalle a que menos se atiende quizás porque hay pocos rodados, haciéndose todo el trabajo pesado con asnos y mulas.

El teatro, que estaba abierto durante las fiestas celebradas en honor del nuevo virrey, era de forma especial, siendo un óvalo prolongado, ocupando el proscenio la mayor parte de un lado, de manera que los palcos del frente estaban cerca de los actores. El público de la platea se componía exclusivamente de hombres y el de la galería de mujeres, moda, según creo, traída de Madrid, estando en el espacio intermedio varias filas de palcos. En los entre actos el virrey se retiraba al asiento de atrás, lo que consideraba como señal de estar ausente, y cada uno en la platea saca su eslabón y pedernal, enciende su cigarro, y echa bocandas de humo a prisa para ganar tiempo, pues cuando el telón se levanta y el virrey vuelve al asiento de adelante, ya no se puede fumar, de acuerdo con la etiqueta española. El chisporroteo de tantos pedernales a la vez, que hace aparecer la platea como si se hubieran soltado mil chispas, y la nube de humo que se levanta en seguida y llena la sala, son detalles menudos que sorprenden la mirada del extranjero, como más decididamente característicos que incidentes realmente importantes. Puedo agregar que los caballeros de los palcos también fuman en esta ocasión, y una vez sorprendí a una dama tomando una furtiva pitada detrás del abanico. La presencia o ausencia del virrey, sin embargo, no produce alteración en la galería, donde las diosas sostienen un fuego incesante durante toda la función.